

BESTSELLER DEL USA TODAY Y GANADORA DEL PREMIO SILVER FALCHION

# PAMELA FAGAN HUTCHINS



# MATASANOS

UNA NOVELA DE PATRICK FLINT

## ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Libros electrónicos gratuitos de PFH](#)

[Capítulo 1: Naufragio](#)

[Capítulo 2: Desvío](#)

[Capítulo 3: Brinco](#)

[Capítulo 4: Ayuda](#)

[Capítulo 5: Regreso](#)

[Capítulo 6: Esforzarse](#)

[Capítulo 7: A hurtadillas](#)

[Capítulo 8: Chismes](#)

[Capítulo 9: Vista](#)

[Capítulo 10: Confiesa](#)

[Capítulo 11: Padres](#)

[Capítulo 12: Estrategia](#)

[Capítulo 13: Espiar](#)

[Capítulo 14: Irritarse](#)

[Capítulo 15: Escucha](#)

[Capítulo 16: Determinar](#)

[Capítulo 17: Alistarse](#)

[Capítulo 18: Trampa](#)

[Capítulo 19: Acosar](#)

[Capítulo 20: Impacto](#)

[Capítulo 21: Descubrir](#)

[Capítulo 22: Bombardear](#)

[Capítulo 23: Elegir](#)

[Capítulo 24: Doctor](#)

[Capítulo 25: Exultar](#)

[Capítulo 26: Presa fácil](#)

[Capítulo 27: Juzgar](#)

[Capítulo 28: Error](#)

[Capítulo 29: Trasero](#)

[Capítulo 30: Conquistar](#)

[Capítulo 31: Confundir](#)

[Capítulo 32: Asustar](#)

[Capítulo 33: Huelga](#)

[Capítulo 34: Oponerse](#)

[Capítulo 35: Enfermarse](#)

[Capítulo 36: Presa](#)

[Capítulo 37: Testigo](#)

[Capítulo 38: Revelar](#)

[Capítulo 39: Esperar](#)

[Capítulo 40: Descartar](#)

[Capítulo 41: Resistir](#)

[Capítulo 42: Aliado](#)

[Capítulo 43: Ascenso](#)

[Capítulo 44: Atacar](#)

[Capítulo 45: Afeitado](#)

[Agradecimientos](#)

[Libros del autor](#)

[Sobre la autora](#)

[Reconocimientos de Pamela Fagan Hutchins](#)

[Libros del SkipJack Publishing](#)

[La Propiedad Literaria](#)

[Sin título](#)

# PRÓLOGO

Búfalo, Wyoming  
Martes, 15 de marzo de 1977, 5:30 p.m.

*Patrick*

"¿SUSANNE?" Patrick Flint gritó en el auricular. "¿Dónde estás?  
¿Estás bien?"

La pesada respiración en su oído no sonaba como la de su esposa. Sonaba masculina. Ansiosa. Era muy similar a la respiración de un hombre en las primeras etapas de la insuficiencia cardíaca congestiva. Quienquiera que fuera, parecía que le habían comido la lengua los ratones.

"¿Quién es?"

La voz era ronca. "Usted quería hablar conmigo acerca de mantener a su esposa e hija fuera de la corte. Vamos a hablar".

Patrick reconoció la voz. Su cerebro se sintió como si acabara de meter el dedo en una toma de corriente. "No te entiendo".

"Ven a mi casa. Podemos hablar aquí".

La sangre. El vómito. La camioneta estacionada en su casa, pero su familia desaparecida. "No puedo. Alguien se desangró en nuestra casa y no hay nadie aquí. Tengo que correr al hospital para ver cómo está mi familia".

Patrick escuchó un sonido extraño al otro lado de la línea. Como un gemido.

Luego la persona dijo: "Maldita sea".

"¿Perdón?" El temperamento de Patrick se inflamó. Necesitaba colgar el teléfono. No necesitaba escuchar a esta persona maldecir a su esposa. "Tengo que irme."

"No. Por favor. Iré contigo a ver cómo está tu familia. Sólo ven rápido".

Esto era extraño. Muy extraño. Todas sus interacciones habían sido extrañas últimamente, pero esto era desconcertante. Y entonces tuvo un pensamiento terrible. ¿Y si esta persona había estado aquí? ¿Y si la sangre era obra suya? ¿Y si Susanne y los niños estaban con la misma persona con la que Patrick estaba hablando? "¿Tienes a mi familia?", dijo.

"¿Qué? No".

*Mentiroso.* "No me agrada esta situación. Me temo que voy a tener que colgar y llamar al sheriff ahora".

"¡No!", gritó la persona que llamó. "No puedes colgar. Sé quién se llevó a tu mujer y a tu hija".

## LIBROS ELECTRÓNICOS GRATUITOS DE PFH

Antes de empezar a leer, puedes conseguir una biblioteca de libros electrónicos gratuitos de Pamela Fagan Hutchins -que incluye un prólogo exclusivo de *Aceite de Serpiente* llamado *Chispa*- uniéndote a su lista de correo en <https://pamelafaganhutchins.com/sign-up-for-pamela-fagan-hutchins-author-newsletter/>.

# CAPÍTULO 1: NAUFRAGIO

MONTAÑAS BIGHORN, BUFFALO, WYOMING

DIEZ DÍAS ANTES: SÁBADO, 5 DE MARZO DE 1977, 11:00 A.M.

*Patrick*

"Haz una cuña con tus esquís, Susanne. Como un trozo de tarta". *Con crema batida por encima*, pensó Patrick Flint, mirando la esponjosa nieve primaveral. Perdió de vista a su mujer por un momento mientras luchaba por controlar los palos del demonio en el extremo de sus propias piernas. Acababa de recuperarse de una caída de cabeza tras una salida prematura e imprudente del ascensor Poma.

El ascensor Poma. Era 1977, por el amor de Dios, y las estaciones de esquí de todo el mundo estaban avanzando hacia los telesillas, incluso hacia las telecabinas cerradas, o eso había leído. El ascensor Poma era un retroceso, como el propio Wyoming. Todo lo relacionado con el maldito artilugio era antinatural para Patrick. El olor a diésel en sus secas fosas nasales, en medio de una naturaleza invernal por lo demás prístina. Luchar en una postura incómoda como si fuera un cervatillo en patines. Agarrar la barra, similar a las que usan las strippers en las películas, sólo que esta

versión se balanceaba libremente desde un cable transportador aéreo y terminaba en un disco de goma dura a la altura de las rodillas. Atascar el disco entre las piernas. Aprendiendo a no apoyarse en él o, Dios no lo quiera, a no sentarse en él y acabar de culo en la nieve. Confiar en que le arrastre por la grupa lentamente cuesta arriba. Luchar contra la fuerza de la gravedad cuando el ascensor se esforzaba en los tramos más empinados, como si fuera impulsado por un equipo de ratones ancianos y enfermos.

En su primer viaje en ascensor, el motor se había apagado con un gemido estremecedor cuando todavía estaba a mitad de la pendiente. *Algún pobre imbécil probablemente mordió el polvo cargando o descargando.* Agradeció a Dios que no fuera él y se maravilló con la vista. Las montañas Bighorn coronadas de nieve a su alrededor. El lago Meadowlark congelado debajo de él, a 300 metros. La altitud tan al norte era análoga, en cuanto a clima, a casi mil pies más alto en Colorado, y dos mil pies más alto en Nuevo México. Los ríos fluían hacia el norte. Las propias Montañas Rocosas, de las que los Bighorns formaban parte, se extendían tres mil millas desde el norte de Alberta hasta Nuevo México. El tamaño y el alcance le dejaron sin aliento. Pero había majestuosidad incluso en los pequeños detalles. Una urraca parloteando en la distancia. La nieve cayendo de las ramas de los árboles. Una liebre dando saltos. Le dio energía. Le hizo sentirse completamente vivo y en contacto con sus sentidos de una manera que no sentía en la ciudad.

Sin embargo, después de diez minutos de espera, se impacientó. Pensó que el ascensor debía estar averiado. Observó su entorno. La nieve a su izquierda parecía perfectamente esquiable. No había razón para quedarse, a no ser que quisiera congelar su trasero. Se soltó de la barra y esquió sobre lo que parecía ser una suave joroba.

No lo era.



Cinco sudorosos minutos más tarde, por fin se había librado de una profunda deriva de nieve pesada. Unos cinco minutos muy humillantes en los que el ascensor arrastró a una audiencia cautiva cuesta arriba junto a él, incluida su divertida esposa, que había cuestionado su decisión desde su posición segura en su propio disco.

Así que, de pie junto a su esposa y luchando por mantenerse erguido, estaba decidido. No *iba* a caer de nuevo tan pronto.

"Deberíamos haber tomado lecciones". Ella sonaba irritada, y cuando levantó la vista hacia él, sus ojos de ciervo brillaron con calor. Pero incluso irritada era tan adorable que él habría cedido al impulso de agacharse y besarla, si estuviera seguro de que podría volver a levantarse después. Le encantaba esa belleza sureña tan luchadora, con sus mejillas rojas y sus mechones de cabello largo y castaño que soplaba con su boca. Empujó el cabello con sus voluminosas manoplas, aunque no sirvió de nada. "Los estúpidos esquís no harán lo que se supone que deben hacer".

Enseñarse a sí mismo y a su esposa a esquiar no estaba siendo tan fácil como Patrick había planeado. Le habían ofrecido la oportunidad de esquiar gratis hoy gracias al programa "Doctor del día" de Meadowlark Ski Lodge, y no dudó en aprovechar la oportunidad. La estación de esquí se encontraba a cuarenta y cinco millas por carreteras de montaña invernales del hospital más cercano en Buffalo, por lo que ofrecían boletos de ascensor familiares a los médicos que pasaran el día en el lugar y de guardia. Patrick había tenido cuidado de no mencionar que eran principiantes cuando recogió los pases de ascensor y el equipo, sin mentir abiertamente sobre sus niveles, aunque era la primera vez que esquiaran todos los Flint: Patrick, Susanne, su hija de dieciséis años, Trish, y su hijo de trece años, Perry. Patrick había leído un

libro sobre esquí alpino la semana anterior y había transmitido la información a su familia, bajo la teoría de que podrían aprender a esquiar por una fracción del precio que costarían las caras clases en la pista. Su mente regresó a su menos que magistral desembarco del ascensor. Como médico, se había acostumbrado a ser hábil en su profesión. A saber más sobre su campo que a nadie más en la sala. Esta experiencia -ser un aficionado- era de lo peor, pero era una condición temporal. ¿No había sido la mayor parte de su tiempo en Wyoming un estudio de este mismo fenómeno? Todo lo que necesitaba era práctica y fuerza de voluntad.

Estaba a punto de decirle a Susanne *mente sobre la materia* con una voz alentadora, cuando las puntas de los esquís de Susanne se cruzaron. Se fue hacia abajo, y su gemido fue cortado por un *Aahh*. Aterrizó torpemente, como un pretzel con su chaqueta marrón y amarilla y sus pantalones de nieve a juego. Él estuvo a punto de reírse, pero la risa se apagó en sus labios cuando ella no se movió ni emitió ningún sonido.

"¿Estás bien?", gritó.

Ella no respondió.

Hizo una lista mental de posibles lesiones. La cabeza: una conmoción cerebral o una hemorragia intracraneal. Un hueso roto. Un esguince. Incluso un pinchazo u otro daño en el bazo.

"Susanne, si puedes responderme, ¿estás bien?" Se movió tan rápido como pudo hacia ella, con el ritmo cardíaco acelerado.

Entonces Susanne levantó uno de sus bastones de esquí y lo agitó, como un puño. O un dedo corazón.

De todos modos, estaba consciente. Eso era bueno. Hasta ahora, suponiendo que Susanne estuviera bien, Patrick no había tenido ningún paciente. Esperaba no tener ninguno. No sólo por los buenos deseos para sus compañeros esquiadores, sino porque su

propia familia necesitaba pasar un tiempo de tranquilidad juntos divirtiéndose. Trish y Susanne eran los testigos estrella en un juicio por pena de muerte que iba a comenzar en breve, en el que él y Perry harían un papel secundario con su propio testimonio. Para todos ellos sería una larga y dura retrospectiva de su calvario con Billy Kemecke, un asesino convicto que se había escapado durante su traslado a la penitenciaría estatal. Tras su fuga, mantuvo a Susanne como rehén mientras saqueaba la casa de su familia y le sonsacaba información sobre el paradero de Patrick. Secuestró a Trish en un campamento en las montañas y la arrastró hasta los escarpados y remotos terrenos de Cloud Peak. Incluso había degollado a su propio primo delante de Trish, y había atacado a su amiga la ayudante del sheriff Ronnie Harcourt. Sólo había detenido su reinado de terror cuando Susanne lo abatió con una bala en el hombro. Y todo esto fue porque Kemecke quería castigar a Patrick. Creía que Patrick había causado la muerte de su madre, aunque ella había llegado en un estado de sepsis avanzado para que Patrick la salvara en la sala de emergencias de Buffalo unas semanas antes. Kemecke no había actuado solo en su descalabro, y Patrick se había visto obligado a matar a Chester, el hermano y cómplice de Kemecke, durante el enfrentamiento. El sobrino adolescente de Kemecke, Ben, se encontraba actualmente en un centro de detención de menores por su papel -aunque coaccionado- en el secuestro de Trish. Desde entonces, la familia de Kemecke, especialmente su hermana Donna Lewis, había puesto las cosas incómodas a los Flint en Buffalo. Donna no sólo responsabilizaba a Patrick de la muerte de su madre, como hacía Kemecke. También culpaba a toda la familia Flint del destino de sus hermanos y su sobrino.

Patrick esperaba que el proceso los pusiera a todos bajo mucha tensión y presión.

"¿Qué te duele?" Se detuvo para recuperar el otro bastón de esquí de Susanne a unos metros de ella.

Algo pasó zumbando tan cerca de él que jadeó y casi perdió el equilibrio. Estaba a poca altura del suelo -bajo y regordete- y sin gorro, con el cabello rubio asomando por debajo de la correa de las gafas.

Gritó: "Hola, papá".

Su hijo, Perry, esquiaba como si lo hubiera hecho toda la vida.

"¿Dónde está tu hermana?" Patrick gritó tras él.

Su hijo desapareció tras una cola de gallo de nieve. Era difícil oírle, pero Patrick creyó oírle decir: "No sé", antes de que la cola desapareciera en una curva del sendero.

No habían visto a Trish desde cinco minutos después de llegar a las pistas. Patrick trató de alejar de su mente los pensamientos de la Trish actual en favor de la dulce niña que solía ser. La que se acurrucaba en su regazo y le escuchaba leer los textos de la facultad de medicina en voz alta, su mezcla personal de crianza y estudio. Ahora era errática. Las hormonas, sobre todo, pero también el resultado de lo que había pasado, y seguía pasando, gracias a Kemecke. Por supuesto, no facilitó las cosas para sí misma ni para el resto de la casa Flint al salir con Brandon, el hijo de Donna Lewis. Donna le había prohibido a Brandon que se viera con Trish, y Patrick y Susanne hacían todo lo posible por mantener a los tortolitos separados, pero los dos hacían todo lo posible por permanecer juntos.

Lo que significaba que, dado que Trish no estaba con sus padres ni con Perry, había más que una posibilidad de que estuviera con

Brandon. Bueno, Patrick no podía hacer nada al respecto aquí en la montaña. Susanne y él podrían ocuparse de Trish en el almuerzo.

Patrick se acercó sigilosamente a su esposa. Su esquí de descenso perdió tracción y le hizo caer de pie, pero apretó el glúteo mayor y se mantuvo erguido. No estaba bien agarrar las partes que le dolían, así que se mantuvo firme. Cuando llegó a Susanne, plantó las puntas de sus pértigas en la nieve, en la acumulación empaquetada que había debajo, y se apoyó en ellas. Se quitó los guantes y se los metió en los bolsillos. Su anillo de boda brillaba haciendo contraste al blanco de la nieve. Hacía sólo unos meses que había empezado a llevarlo -después de casi diecisiete años de matrimonio sin él- y todavía no se había acostumbrado a él. Seguía esperando que se enganchara con algo y mutilarse el dedo en cualquier momento.

El viento levantaba la nieve del suelo y los rodeaba mientras Susanne inclinaba su rostro cubierto de lágrimas. Esta visión le hizo caer en la cuenta. "¿Qué te duele?" Apoyó el dorso de sus dedos en su mejilla.

"Esquiar me da dolor de cabeza". Le castañetearon los dientes. "Esta ropa no es impermeable. Me estoy congelando y no puedo levantarme".

Él hizo una demostración al revisar su cara y sus orejas. "No veo ningún signo de congelación". Ambos sabían que ella no había estado fuera el tiempo suficiente, y que en realidad hacía demasiado calor para ello. Pero dado que no había comprado ropa de esquí para ninguno de ellos, no lo mencionó. Sus propios vaqueros azules protegidos por el escocés se sentían un poco húmedos. "¿Estás herida?".

"No lo sé. No lo creo. Sólo incómoda. Y frustrada".

"Está bien". Agarró uno de sus esquís, listo para girarlo, pero perdió tracción y entró en una división con la otra pierna. No manejó esta división tan bien como la del otro lado, y cayó como un oso tras el disparo de un rifle. Rodó hacia su espalda. Definitivamente, necesitaba mucha más práctica. Tal vez ser veinte años más joven también ayudaría.

La nieve que soplaba le empolvó la cara. Miró el cielo azul, sorprendente en su intensidad, gracias a las bajas temperaturas del invierno y a la humedad que disminuye el vapor de agua en el aire. Descansó, pensando y soplando aliento cálido en sus dedos helados. Ayudar a Susanne sería más rápido y seguro sin los esquís puestos. Se sentó, soltó las fijaciones de las botas y desató las correas de los tobillos que impedían que los esquís se escaparan. Cuando terminó, clavó la parte trasera de los esquís en la nieve para que no se deslizaran. Arrodillado junto a Susanne, levantó uno de sus esquís con el pie aún sujeto y lo giró ciento ochenta grados, en línea con el otro.

"¿Así está mejor?"

Ella suspiró. "Mucho".

"¿Por qué no te sientas y giras las piernas para que queden perpendiculares a la pendiente? Si están apuntando hacia abajo, saldrán disparadas por debajo de ti cuando intentes levantarte".

Susanne lo intentó, pero no fue bonito.

Quizá debería haber soltado el dinero para las clases de esquí. Podría apuntarlos cuando bajaran de la montaña. Miró a su alrededor, esperando que estuvieran cerca. El albergue no estaba a la vista.

Lo hará *si* llegan a bajar de la montaña.

Susanne ladeó la cabeza. "¿Qué estás murmurando?"

Patrick apretó los labios. Tenía la incurable costumbre de hablar en silencio consigo mismo. La voz de un hombre por encima de ellos le salvó de admitir que estaba a punto de ceder a las lecciones.

"¿Necesitas ayuda?"

Patrick reconoció la voz y se volvió hacia su amigo Henry Sibley. "Hola, Sibley. Hace tiempo que no te veo". Henry esquiaba con unos Levi's, un sombrero de vaquero de fieltro, gafas de sol y una chaqueta encerada. Incluso esquiando, parecía un ranchero.

Henry lo volvió a mirar. "¿Patrick? Apenas te reconocí con esa marmota en plena muda pegada a la cara".

Patrick se frotó los escasos bigotes, desprendiendo trozos de hielo. Su barba era de color naranja marmota. En cambio, Henry tenía una espesa barba negra, pulcramente recortada. La de Patrick aún no era lo suficientemente larga como para usar las tijeras, aunque la había estado cuidando desde el día de Año Nuevo. *Está en su fase de entrenamiento*. Le guiñó un ojo. "El invierno es largo. Hay que hacer algo para mantenerse caliente".

Susanne intervino. "La dejaría crecer en la espalda si pudiera".

"Oye, funciona para los osos".

"Hibernan en cuevas en las montañas, que puede ser donde acabes si no me dejas afeitártela pronto".

Patrick sonrió. Hasta ahora, ella no había atacado su barba con una navaja en medio de la noche, pero él sabía que el día estaba por llegar. "Oye, ¿dónde está Vangie?" Vangie era la esposa de Henry, muy embarazada, y buena amiga de Susanne.

"Está abajo en el albergue tomando chocolate caliente y me dijo que siguiera sin ella. Estamos escasos de personal en el rancho, así que no he salido mucho a las pistas últimamente". Henry se posicionó expertamente cuesta abajo de Susanne y le cogió la mano. "Aquí tienes". La puso en pie.

Ella se apoyó en él mientras se estabilizaba. "Gracias, Henry. Por casualidad no enseñas a esquiar, ¿verdad?"

Los altavoces crepitaron desde uno de los postes que sostenían los cables del ascensor Poma. Después de un agudo chirrido, una voz de mujer retumbó: "Doctor del día, le necesitan en la base de la pista principal. Doctor del Día, preséntese en la base de la pista principal".

Patrick levantó la mano. "El deber me llama". Miró hacia abajo de la colina. La pendiente era desalentadora. Esperaba que quien estuviera herido no necesitara asistencia inmediata. Tardarían un rato en llevar a Susanne hasta allí.

Henry asintió. "A mí también. Le daré lecciones a Susanne. Nos veremos todos abajo".

Susanne y Patrick dijeron "Gracias a Dios" al mismo tiempo.

"Eres un buen hombre, Sibley". Patrick saludó con dos dedos en la frente. Luego se puso de nuevo los esquís y apuntó hacia la montaña.

*Tómalo con calma*, se entrenó a sí mismo. *Atraviesa la montaña. No te caigas; es más fácil mantenerse en pie que levantarse*. Por suerte, no había mucho tráfico en la pista, así que pudo controlar su velocidad haciendo los giros amplios que su libro recomendaba para los principiantes. *Creo que puedo manejar esto*. Quizá las costosas lecciones no fueran necesarias después de todo.

Se deslizó temblorosamente en una curva. Un movimiento en los árboles de su derecha atrajo sus ojos. Vio algo leonado y de baja estatura con una cola de punta negra que se movía. ¿Un puma, aquí y a plena luz del día? Sabía que vivían en estas montañas, había tenido su propia experiencia personal con uno. Sin embargo, tan rápido como apareció, el animal desapareció y no pudo estar seguro de haberlo visto.



Volvió a concentrarse en terminar su turno. La imponente casa de campo y su amplia cubierta de madera aparecieron a la vista. El alivio le invadió. Podía oír el estruendo de las voces alegres tan claramente como si estuviera en medio de la multitud. *¿Es la hora de la comida?* Se sentía más seguro, y odiaba parecer un perdedor, así que apretó los giros y luchó para que sus esquís dejaran de estar en posición de quitanieves y se convirtieran en algo más respetable. Su velocidad aumentó. A pesar de sus gafas de sol, el viento le arrancó lágrimas de los ojos y le quemó las mejillas. Su confianza creció. Estaba esquiando. Estaba esquiando *de verdad*. Cuando se acercaba al final de la pista, vio a un grupo de unas diez personas agrupadas, de espaldas a él y con los ojos puestos en una persona recostada en la nieve. Tenía que ser su paciente.

Planificó su aproximación y, sobre todo, su parada. Su libro de instrucciones de esquí recomendaba una pala de nieve profunda para los principiantes, pero él ya no esquiaba como un principiante. Sus giros se habían vuelto bastante buenos, si él mismo lo decía. Los esquiadores intermedios se detenían girando contra la colina y clavando los cantos. Eso es lo que él haría.

Empezó a buscar un lugar para iniciar su giro, uno que lo dejara bien lejos del grupo. El viento y la multitud de esquís habían dejado la pista sin polvo, y no pudo encontrar un lugar que le gustara. La pista era más ancha aquí abajo, y cuanto más tiempo la recorría sin girar ni hacer una cuña, más velocidad adquiría. Vio que se acercaba demasiado al ascensor. Tenía que girar inmediatamente, o se estrellaría contra la línea de remolque. Se le revolvió el estómago, pero ignoró los nervios y se lanzó a girar. Sus esquís se deslizaron lateralmente por debajo de él. Oyó el sonido nauseabundo de sus bordes metálicos rozando el hielo y sintió la

sensación en las piernas. Sin embargo, no se cayó y sólo agitó un poco los brazos.

Pero ahora tenía un largo tramo delante de él antes de llegar a su paciente, y no había más espacio en su lado de bajada para otro giro. Para su consternación, estaba cogiendo velocidad mucho más rápidamente en la nieve compacta. Mientras se acercaba al grupo, desplazó su peso hacia arriba para clavar sus bordes, pero eso sólo pareció hacerle ir más rápido.

Estaba fuera de control, con sólo quince metros de distancia.

Desesperado, se puso en posición de quitanieves, con las piernas dobladas y las puntas delanteras juntas y las traseras separadas. Sus esquís chocaron entre sí, y en cuestión de segundos, sus muslos ardían. Se hundió más, rezando. *Querido Dios, ayúdame a no hacer el ridículo delante de toda esta gente.*

Su oración no tuvo respuesta. Pasó por encima de los esquís de la primera persona, que se detuvo en seco, y se subió a las piernas del siguiente esquiador. Una a una, las personas fueron cayendo como fichas de dominó hasta que se cargó a todos los del grupo junto a su paciente, excepto a una mujer. Por un momento, la quietud y el silencio fueron totales. Su cerebro se volvió tonto y pensó: *Quizá el juego sea de bolos en lugar de dominó. Sólo me falta un bolo para hacer una chuza.*

Se aclaró la garganta. "Lo siento. ¿Están todos bien?"

Un hombre debajo de él gritó: "¿Qué demonios? Has esquiado sobre mi muñeca. Podría habérmela cortado. Esas cosas no vuelven a crecer, ¿sabes?"

"Pertenece a la escuela de esquí", murmuró otro. "Un peligro para sí mismo y para los demás".

"Mi hijo está herido, y tú casi esquías sobre él", dijo una mujer desde el suelo a su lado. Levantó la cara. Sus cejas estaban

cubiertas de cristales de nieve. "No deberías estar aquí si no sabes esquiar".

Patrick cerró los ojos. Si le dolía algo, el aguijón de la mortificación le distraía de ello. Esto no era bueno. No era bueno en absoluto. Pero tenía que decirles quién era, para poder ayudar a su paciente.

Abrió los ojos, sonrió de forma agria y dijo: "¿Alguien ha llamado al doctor del día?".

## CAPÍTULO 2: DESVÍO

Montañas Bighorn, Buffalo, Wyoming  
Sábado, 5 de marzo de 1977, 11:15 a.m.

*Perry*

PERRY APUNTÓ su cuña cuesta abajo y dejó que el viento se metiera dentro de su chaqueta y le hiciera cosquillas en la nariz. Los árboles eran un borrón a ambos lados de él. Nunca había ido tan rápido, salvo en un auto, y era increíble. Le gustaba esto de esquiar. Se alegraba de que su padre no les hubiera hecho inscribirse a la escuela de esquí, donde habría tenido que pasar todo el día con un gran grupo de bebés. Esquiar era fácil. ¿Por qué no habían venido antes? Habían vivido en Wyoming durante dos años, y él podría haber estado esquiando todo el invierno durante todo ese tiempo. Incluso podría haber celebrado su fiesta de cumpleaños de enero aquí. El próximo año, seguro que lo haría.

Pensó por un segundo en su calendario deportivo. La temporada de fútbol habría terminado cuando empezara la de esquí, así que el entrenador no podía decirle que no esquiara. ¿Tenía el instituto Buffalo un equipo de esquí? Esperaba no empezar demasiado tarde, pero podría aprender rápido, como había hecho con el fútbol.

Se sintió un poco emocionado. Podría ser un corredor de descenso como Andy Mill. Había aplaudido mucho por él durante los Juegos Olímpicos. Aunque Andy se había lesionado, tenía tantas ganas de correr que había metido la pierna en la nieve hasta entumecerla antes de su prueba, y aun así terminó en sexto lugar. Era duro, como el padre de Perry. Como Perry quería ser.

Cuando no eres alto, tienes que ser duro, y Perry era definitivamente bajo. Su hermana no se cansaba de recordarle lo bajito que era. "No es el tamaño del perro en la pelea, es el tamaño de la pelea en el perro", le decía siempre su padre. Su padre tenía algo de razón, pero ser un perro grande con una gran pelea en su interior sería la mejor opción, según Perry. Por eso había pedido barras y pesas para los tobillos por su cumpleaños. Él también las había usado. No era justo. Todos sus amigos crecían como la hierba. Perry medía su estatura con respecto a una marca de meta que había hecho dentro de la jamba de la puerta de su armario todos los días -la estatura de su mejor amigo John, al final de la temporada de fútbol- y, para su gran decepción, todavía no superaba la marca. Ni tampoco le crecían los bigotes o el vello del pecho. En seguida se daría cuenta del más leve crecimiento pues cada noche usaba una lupa para mirarse en detalle estas zonas del cuerpo.

Se detuvo en la nieve. El tobillo le temblaba y le dolía. Se lo había roto jugando al fútbol el otoño pasado, y le había ocurrido lo mismo en diciembre, y solo le habían quitado la escayola dos semanas antes. ¿Esquiar con un tobillo roto apenas curado? Menos mal que había estado usando sus pesas de tobillo. Sonrió. Pensó que tal vez el ejercicio lo había endurecido un poco.

Miró a su alrededor. Podía ver el gran refugio al pie de la montaña. Estaba en la última pendiente antes de bajar a la cubierta

de madera. ¿Tenía tiempo de subir al ascensor una vez más antes del almuerzo? Su estómago gruñó. *No*. Definitivamente, cuando llegara al fondo se comería el sándwich que llevaba en el bolsillo. Pero no tenía que tener prisa por llegar.

Le ardían los labios y pasó su lengua por encima de ellos. Estaban agrietados, secos y sangraban un poco. Dejando los guantes en la nieve a sus pies, sacó su bálsamo labial Chapstick y lo frotó en sus labios. Estaba demasiado frío para extenderse bien y tenía un sabor a cera. Siguió frotando hasta que pudo aplicarse un poco. Cuando intento guardarla en el bolsillo, la barra se le escapó de los dedos. Desapareció en la nieve cerca de sus guantes. Eso estaba bien. De todos modos, no había servido de mucho. Volvió a introducir una mano en uno de sus guantes, moviendo los dedos y tirando de él, y luego repitió el proceso en el otro lado.

Un conjunto de pistas de esquí se dirigía fuera de la pista y hacia el bosque, muy separadas, como si alguien estuviera esquiando con las piernas en una gran V. La pista parecía bastante plana y realmente divertida. Podría hacerlo. Su única preocupación era si se quedaba atascado. Sus padres no le habían dejado alquilar bastones, por recomendación del anciano que repartía el equipo. Si había algún tramo llano, Perry tendría que quitarse los esquís y caminar. No hay problema, decidió. Iba a hacerlo.

En primer lugar, como su padre siempre le daba lecciones de supervivencia en la naturaleza, pensó en sus provisiones: un sándwich y su navaja. Eso era todo. Ya no contaba con el Chasptick. Probablemente no era todo lo que necesitaría si lo atrapaba una avalancha, le atacaba un alce o se caía y se rompía una pierna. Pero ninguna de esas cosas iba a suceder.

Su padre tenía tendencia a exagerar las cosas pequeñas. Cuánto cuesta el material escolar, sacar la basura un día tarde o

perder cosas. Así que, a veces, su madre, Trish, y Perry le ocultaban secretos a su padre porque, como siempre decía su madre, "lo que tu padre no sabe no le hace daño a nadie".

Como ahora, cuando Perry sabía que estaría bien.

Manteniéndose en su cuña, Perry giró dando pequeños pasos hasta apuntar en la dirección correcta. Entonces dobló las rodillas y se inclinó hacia delante. Acumuló velocidad rápidamente hasta que tocó la nieve. Una vez, había pisado demasiado fuerte los frenos de su bicicleta y había pasado por encima del manillar. Esto era casi tan malo. Se sacudió hacia atrás con los brazos extendidos para no caer de bruces. Su posición le hizo pensar en los saltadores de esquí que había visto en las Olimpiadas. Esos enormes saltos no eran definitivamente algo que quisiera intentar, pero uno pequeño estaría bien.

Los árboles pasaban junto a él a ambos lados. Los más altos, con gruesas ramas de pino, y los más pequeños, que sólo sobresalían de la nieve. Pasó por encima de uno de los pequeños. Una piña cayó silenciosamente a la nieve a su lado. Todo estaba tan silencioso que el silencio parecía ruidoso. Lo único que oía era el viento en sus oídos y el chirrido de una ardilla enfadada.

De vez en cuando, sus puntas se hundían en la nieve y tenía que luchar para mantenerse en pie. Unas cuantas veces estuvo a punto de chocar con un árbol, lo que le dio un poco de miedo. Pero pese a esto se sentía fuerte y libre. Su padre nunca había esquiado en un bosque, o en absoluto. Perry era el primero de su familia en hacer algo tan genial.

Un chasquido reverberante rasgó el silencio. Fue como si algo le hubiera golpeado los tímpanos. Su corazón empezó a latir como un bombo. Quitó la nieve con tanta fuerza que su trasero estuvo a punto de golpear el suelo, pero no pudo detenerse, no hasta que

sus esquís se encajaron contra los árboles a ambos lados de la pista.

El silencio era aún más fuerte ahora, excepto por su fuerte respiración. Intentó ralentizarla, pero no sirvió de mucho. Seguía sonando como su perro Ferdinand después de haber perseguido una liebre.

¿Qué había hecho ese ruido? ¿Se había partido un árbol por el frío? Había aprendido en la escuela que podían hacerlo. Si era eso, podría haberle caído encima. Examinó el bosque, buscando un árbol caído o algo fuera de lo común. A unos 30 metros de distancia, entre los árboles, vio que algo se movía. Era una persona vestida con un traje de camuflaje blanco para la nieve, que llevaba uno de esos gorros con una máscara adjunta que cubría el cuello. La persona colgó una larga y estrecha bolsa en la parte trasera de una moto de nieve amarilla y se montó en ella. *¿Qué habría en la bolsa grande?* Este no era un buen lugar para un almuerzo de picnic. O para cazar, y lo único que todavía estaba en temporada era la comadreja, que Perry sólo conocía porque el padre de John se dedicaba a atraparlas y hablaba de ello todo el tiempo cuando Perry pasaba la noche en su casa.

La persona se volvió y lo vio. Perry saludó, pero la persona no le devolvió el saludo. Perry estuvo a punto de gritar un saludo, pensando que tal vez la persona no podía ver a Perry porque se confundía con el bosque, pero entonces se dio cuenta de que eso no tenía sentido. Su abrigo era rojo y amarillo. Destacaría entre toda la nieve, no se mezclaría con ella. Entonces pensó en advertir a la persona sobre el crujido que acababa de oír, pero, antes de que pudiera hacerlo, la persona apartó la mirada.

Su estómago dio un vuelco extraño y empezó a dolerle, algo que últimamente le ocurría cada vez que se ponía nervioso. Sacó la



mano del aire y giró lo más rápido que pudo, dispuesto a salir de allí esquiando como un loco. Pero el camino de vuelta a la pista de esquí era más cuesta arriba de lo que había pensado al salir esquiando. Se quejó. No era empinado, pero definitivamente no era plano. Tendría que subirla a pie. Deslizó un esquí hacia delante, lo que le hizo retroceder en lugar de avanzar. Lo intentó de nuevo con el mismo resultado. Sentía como si hubiera ojos que le taladraban la espalda y, por lo que sabía, la persona se estaba acercando a él. Tenía que volver al sendero, cuanto antes. De repente, supo lo que tenía que hacer. Para evitar seguir bajando, puso los esquís en cuña invertida, con las puntas delanteras fuera y las traseras juntas. Funcionó. Su impulso hacia atrás se detuvo, y fue capaz de dar unos pequeños pasos hacia arriba en la pendiente.

Entonces oyó que la moto de nieve se ponía en marcha. Estaba lo suficientemente cerca como para oler los gases de escape que soplaban hacia él con el viento. Se aceleró un par de veces y, tras un par de segundos, el ruido del motor se mantuvo. La moto de nieve se movía, con suerte en dirección contraria a la de Perry. Perry siguió subiendo lentamente la colina. El sonido del motor se hizo más tenue. Se apoyó en un árbol para descansar, con el sudor goteando por su espalda. Se sintió extrañamente más ligero. Aliviado.

La persona no había sido amistosa, pero no había nada que temer. Sólo estaba actuando como un miedoso.

Aun así, estaba solo aquí, y nadie sabía a dónde había ido.

Perry comenzó a subir el camino de nuevo, esta vez un poco más rápido.

**You've Just Finished your Free Sample**

**Enjoyed the preview?**

**Buy: <http://www.ebooks2go.com>**